

LAS RAZAS ABORÍGENES DE LA AMÉRICA y la Reforma Social

(En el Rep. Amer.)

Por el Prof. Alejandro LIPSCHÜTS



Dr. Alejandro Lipschüts

Un caso ejemplar

(En *La Nación*. San José de Costa Rica, 24 de octubre de 1947).

La Facultad de Medicina llena hasta los topes. Profesorado abundante. Damas. Médicos: 20. Ausencia de la Rectoría.

Un sabio y su "hobby". Un profesor que conversa amigablemente. Como todo sabio: escéptico y humilde. Buen humor y clara explicación. Síntesis admirable. Prodigio de erudición y cultura. Cariño entrañable, a pesar de la equidistancia. Prejuicios tirados por la borda. Sensibilidad exquisita que rima con la frase de Lazorín: "Sensibilidad es inteligencia".

Variedad de hipótesis respecto al origen indiano. Una sola, la asiática, la más probable, con abundancia de datos, citas y estudio.

Justo homenaje del Profesor Lipschüts a los antiguos cronistas de Indias. Justicia y revaloración de los frailes de la conquista. Visionarios al fin y al cabo, como debían ser aquellos ilustres varones entregados al ideal de la cultura. Reconocidamente pleno de los valores eternos.

Ansía de sabiduría y de justicia, que no se doblega ante los obstáculos y dificultades. Para rectificar o ratificar una teoría "australoides", viajes ásperos y difíciles en una edad en que el reposo debe ser el precio a sus afanes.

Recorre la estela darwiniana del Beagle y llega a conclusiones fundamentales: unidad racial, familiar por entre los oscuros laberintos de los grupos sanguíneos. Paul Rivet — otro sabio — acepta humilde y sinceramente el fallo de estos nuevos Argonautas sin vellocinos.

Las películas y fotografías corroboran sus estudios, pensamientos y vigiliadas. Su terminación es un himno de fe trascendental.

Este bello viejo nórdico es un ejemplo interno y vivo para todos los que hoy día, quieran vivir con el anhelo de la sabiduría en el terreno de los hombres cultos.

Dr. Constantino URCUYO G.

Discurso pronunciado el 31 de octubre de 1944, para la Dirección General de Informaciones y Cultura, Santiago de Chile.

Todos los que me escuchan se dan cuenta de que presenciamos los más grandes acontecimientos de la historia de la humanidad: acontecimientos que en su alcance no sólo equivalen a aquellos de los primeros siglos de nuestra era, sino en mucho los sobrepasan. La dura y cruel voluntad del conquistador romano se extendía sobre una área que hoy nos parece pequeña. Y por otra parte: la nueva ley que entonces proclamaba un pequeño pueblo en la costa oriental del Mediterráneo era ley moral, destinada, eso sí, para salvar el alma y dar luz al que abrazaba la fe, pero no para el arreglo inmediato de la vida de los hombres en sus aspectos sociales y políticos. Es en estos dos puntos en los cuales los acontecimientos mundiales que hoy presenciamos se distinguen de los de aquellos tiempos: primero, no es uno u otro grupo de hombres que estuviera implicado en esta Segunda Guerra Mundial, sino la humanidad entera comprendida entre los dos polos de nuestro globo, y a nadie entre los hombres y los pueblos es hoy día dado el de escapar al remolino en busca de la bonanza. Y segundo, hoy se trata no sólo de la predicación de la ley moral sino de la *realización* de aquellos requisitos materiales o sociales que permitan por primera vez en la historia de la humanidad, ajustar la vida de los hombres en la tierra de acuerdo con la ley moral que entonces fué predicada.

Estamos presenciando la *Gran Reforma Social del Mundo*, y en los dolores tremendos de esta Segunda Guerra Mundial que a los hombres todos acosa, está naciendo el nuevo mundo.

Ante estos hechos tan evidentes lícito es preguntar: ¿Cuáles son las expectativas de las razas aborígenes de nuestro Continente, en la Gran Reforma Social Mundial?

Supongo que ante esta pregunta mía muchos entre ustedes se sentirán perplejos. Es creencia general que no hay más razas aborígenes en las Américas. Las razas aborígenes son objeto de museo, o en el mejor de los casos atracción algo estafalaria, por cierto, del turista, u objeto del cuidado del misionero. Sin embargo, todo eso es grave error. Viven en nuestras Américas alrededor de 25 millones de indios; probablemente mucho más. Esto significa casi la quinta parte de toda la población desde México hasta nuestro país. Es verdad que los datos en cuanto al número de los indios en la América Latina se refieren, son poco seguros. Sin embargo, merece atención un hecho que les demuestra que estos datos son dignos de confianza. Al trabajar hace año y medio para la nueva edición de mi libro sobre el problema racial en las Américas, hice la tentativa de hacer un cómputo de la población india en la América Latina a base de los datos esparcidos en escritos, y a base de mi propia observación durante mis viajes a través de los países de nuestra América. Llegué a la cifra de 20 millones.

Recientemente el Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas de la Universidad Interamericana en Panamá publicó algunas estadísticas comparadas sobre la población de Latinoamérica, y es sorprendente que el ilustre autor de este estudio, el sabio Director del mencionado Instituto, Dr. Ricardo F. Behrendt, llega a una cifra casi igual, es decir, a 23 millones.

Pero hay más. Nuestra América Latina alberga un gran número de mestizos. Hay que dejar constancia, y desde un principio, de que no existe ningún medio científico absoluto para establecer quién es mestizo y quién es blanco. El número de los mestizos en América Latina se ha calculado algo arbitrariamente en 38 a 55 millones. Cuan erróneos que sean estos datos, no cabe duda alguna de que 65 a 80 millones, o a lo menos la mitad de la población de la América Latina, está compuesta de indios y mestizos.

¿Cómo se conoce a uno como indio? Esta pregunta es de hecho un serio problema científico. Se puede conocer a uno como indio por cosas muy diversas. Si uno desde su infancia habla el araucano y no sabe el castellano, entonces es evidente que es un indio. Nadie vacilará en admitir que los millones de hombres que en México, Guatemala, Perú y Bolivia hablan idiomas indígenas son indios, no importa que muchos entre ellos son tan blancos como nosotros. Por otra parte, si uno habla el castellano, se viste de europeo y vive según todas las costumbres españolas o criollas, nadie de nosotros, si no es malicioso, lo declarará indio. Es evidente que todo depende del *punto de vista*: desde el de la antropología física, es decir, según el color de la piel, la calidad del pelo y las proporciones del cuerpo, un individuo puede ser de raza india más o menos mestizada con las razas europeas; pero este mismo individuo puede ser europeo, si se aplica un criterio cultural. Hasta sucede que el mismo individuo es, digamos, en las dos primeras décadas de su vida, indio física y culturalmente, para transformarse al comienzo de la tercera década en blanco desde el punto de vista cultural. Es lo que he llamado "mutación étnica": es decir un individuo de ciertos caracteres raciales físicos cambia por la fuerza de las circunstancias ambientales sociales, el grupo étnico al cual pertenece. Se conocen tales cambios o mutaciones étnicas no sólo en nuestra América sino en el mundo entero.

Si nos imponemos de la verdad de que uno es indio, mestizo o blanco no sólo por haber así nacido, sino también por la fuerza de las circunstancias ambientales culturales, con facilidad entenderemos por qué millones de hombres en nuestro Continente son considerados por nosotros y por ellos mismos como grupos étnicos especiales, como indios. Guardan ellos celosamente sus valores culturales ancestrales: su idioma, sus creencias, su organización económica, en especial en relación con la tierra en cuanto las condiciones lo permiten. Un cuadro multicolor no sólo en el sentido directo de traje, sino en un amplio sentido cultural en general.